

Crítica a cuatro interpretaciones de la historia del siglo XX: Giovanni Arrighi, Paul Johnson, Eric Hobsbawm y Antonio Negri

Jorge Veraza Urtuzuástegui*

Polémica a cuatro fuegos e interdisciplinaria —economía, sociología, ciencia política, psicología social— y propiamente histórica en aras de establecer el significado del siglo XX: el siglo de la hegemonía mundial de los Estados Unidos. El ensayo revela no sólo los motivos ideológicos sino también psicosociales que aprisionan la conciencia de los autores discutidos y que les dificultan la comprensión del desarrollo histórico. A partir de la crítica a las insuficientes teorías del imperialismo —la llevada a cabo por Negri— y con base en la teoría de Marx de la subordinación formal y real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, el autor forja nuevos conceptos —como el de subordinación real del consumo bajo el capital— que revelan el sometimiento integral de los contenidos de la producción y el consumo mundiales —esto es, del metabolismo social mundial— bajo el capital industrial. Y precisa —de cara al ataque de las Torres Gemelas de Nueva York— los caminos y perspectivas abiertos para la humanidad al inicio del siglo XXI.

Palabras clave: política mundial, procesos globales, siglo XX, Giovanni Arrighi, Paul Johnson, Eric Hobsbawm, Antonio Negri.

Introducción

Expongo la síntesis de mi interpretación de la historia del siglo XX (1), desde la cual criticaré la de los autores aludidos, comenzando por la de Eric Hobsbawm (2), seguida de la de Johnson (3) y de la de Arrighi (4).

* Profesor investigador de la carrera de Psicología Social del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Correo electrónico: jorge.veraza@yahoo.com.mx

Después haré un balance (5) con la intención de discutir con Antonio Negri (7). Estos autores leyeron el siglo xx antes del ataque a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, así que estableceré el significado de este evento respecto a los siglos xx y xxi (6), mismo que redondearé en la crítica a Negri, con lo cual concluiré el ensayo.

Excepto Paul Johnson, los autores revisados son de izquierda; más aún, buscan apoyarse en Marx para caracterizar al siglo xx. Por supuesto tienen otras influencias: Weber, Braudel, etcétera. Como se verá en lo que sigue, los criticaré desde mi percepción de los hechos del siglo xx y desde mi interpretación del pensamiento de Marx. De acuerdo con su teoría de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, concibo la historia del siglo pasado como la del largo proceso culminante de la subsunción real del mundo bajo el capital, hegemonizado desde la segunda posguerra mundial por los Estados Unidos (EE.UU.). Sus premisas arrancan a mediados del siglo XVIII cuando se desencadena la revolución industrial en Inglaterra, imprimiéndole al capitalismo industrial el poder suficiente para pretender dominar el mundo en los años subsiguientes. El capitalismo comercial y financiero, anteriores al predominio del capital industrial en Inglaterra, son algunas de las condiciones generales de este proceso, pero no específicas, según veremos en uno de los señalamientos que le dirijo a Giovanni Arrighi.

Siguiendo a Marx, insisto en que vivimos la historia del predominio mundial del capital industrial no la del financiero, como establecen las teorías del imperialismo de Hilferding, Lenin y Bujarin (Veraza, 1987) y de los historiadores presos en tal perspectiva. Para demostrarlo, aplico los conceptos de Marx de subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital en la historia del siglo xx, desarrollando estos conceptos más allá de lo propuesto por Marx. Dado que la preeminencia del capital industrial hoy es mundial, debemos considerar la *subsunción real del mundo bajo el capital*, pues cuando Marx vivió sólo observó el “esbozo del mercado mundial”, según le comentó a Engels en una ya célebre carta del 10 de octubre de 1858. La subsunción real del mundo bajo el capital supone, a su vez, la *subsunción real del sujeto social bajo el capital*; es decir, una reelaboración completa de la *cultura* y de lo *político* en la sociedad burguesa, ni qué decir de la reproducción *social* y *sexual* de la sociedad (Veraza, 2003).

Integro los conceptos antedichos en el de *subsunción real del consumo bajo el capital*, porque el consumo es la *premisa* de la reproducción celular

del sujeto social; así que la *subsunción real de la cultura bajo el capital* (escenificada desde los inicios de los ochenta como posmodernidad) expresa y complementa a la básica *subsunción real de los valores de uso al capital*. Pero también es el concepto de subsunción real del consumo bajo el capital el que *engloba* a los previos —no sólo es su premisa—, porque la subsunción real del mundo al capital *redondea* o *globaliza* la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, cerrando la hebilla del mundo, del mismo modo en que la producción se sinteriza en el consumo para posibilitar la reproducción social. El concepto *desarrollado* de subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital es la subsunción real del consumo al capital (Veraza, 1993a) y la globalización del siglo xx la ha realizado como capitalismo mundializado. Por cierto, hegemoni-zado por EE.UU. Desde aquí interpreto el siglo y a partir de aquí discuto a los autores mencionados en el título.

1. El siglo de la hegemonía mundial de los Estados Unidos

Al término de la Segunda Guerra Mundial nos encontramos con que Inglaterra ha perdido la hegemonía sobre el mundo y EE.UU. la detenta. No se crea que todo está dicho y hecho, pues aún debe *realizarla palmo a palmo*. Así las cosas, mediante el Plan Marshall y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), EE.UU. se apropia de *Europa*. A través de la Organización de los Estados Americanos (OEA) interviene en América Latina y, por otros medios, en el Sudeste Asiático y en Oceanía lo hace mediante la SEATO, por no hablar de las mil maneras en que se entromete en África.

La realización palmo a palmo de la hegemonía mundial por cuenta de EE.UU. durante la segunda posguerra mundial es paradójica. Pues será rivalizado por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (U.R.S.S.), y así ve ralentizado su propósito de apropiación del mundo, el cual es diferido y, aun, relativamente alterado, desviado. Esto, más que el nombre de “guerra fría”, da cuenta de lo que sucedió entre 1945 y 1991.

Este proceso se inició desde principios de siglo en Europa. La sustitución de la hegemonía mundial —la cual pasó de manos de Inglaterra a las de EE.UU., al otro lado del Atlántico— se jugó en el centro de Europa. Lo que

equivale a decir que la historia del siglo xx se jugó allí. Inicialmente, en la Primera Guerra Mundial, cuando Alemania se promovió de manera forzada como rival de Inglaterra y fue derrotada, dejando al imperio austrohúngaro, alineado con ella, *fragmentado*; a la par que Rusia se *transformaba* en la U.R.S.S. Con la derrota de Alemania (1918-1933) el centro de Europa fue puesto en crisis, mientras EE.UU. crecía irresistiblemente, con una sobreabundancia que provocó en una década la célebre “crisis del ‘29”. Años durante los cuales Inglaterra apenas salió a flote y Alemania se recuperaba.

El segundo movimiento de la tarea histórica lo completa la segunda guerra mundial, concluye con la derrota de Alemania y con su escisión en una República Federal Alemana (occidental) y una República Democrática Alemana (oriental), pero también con la transformación de los países balcánicos en democracias populares alineadas con la Unión Soviética. Transformación y alineación posibilitadas por la gran debilidad de Europa en esos años y por la gran distancia que los separa de EE.UU., flamante país hegemón, siendo que antes de la Primera Guerra Mundial y durante la misma pertenecían al imperio austrohúngaro y, por ende, se alinearon con Alemania; después con Inglaterra y Europa Occidental.

La efectuación palmo a palmo de la hegemonía mundial de EE.UU., ralentizada, alterada y desviada, según dijimos, tuvo un desenlace realizador, pero paradójico, debido a que Alemania se reconstituye en el centro de Europa y, como rechazo, éste se rehace. Toda Europa Central se desarrolla capitalistamente, de suerte tal que la U.R.S.S. ya no puede retenerla.

En 1989 vivimos la “caída del Muro de Berlín” y en 1991 el “desmoronamiento de la U.R.S.S.”, sucesos que marcan la consolidación global de la supremacía norteamericana, con su secuencia, la desalineación de los países balcánicos y centro europeos respecto de la Unión Soviética.

Pero la paradoja es mayor. Pues la reunificación de Alemania significa el desarrollo de un país que rivalizó la hegemonía mundial en dos guerras y ahora expresa la consolidación global de la hegemonía de EE.UU. pues, dada la enorme *medida de capital* que éste logró entre tanto, no parece hoy rival peligroso.

La clave de todos los movimientos descritos hasta aquí —iniciados con el siglo, amarrados al final de la Segunda Guerra Mundial, y realizados palmo a palmo en la segunda posguerra y en el ocaso del siglo— es la siguiente. El logro de la hegemonía mundial por parte de EE.UU. pasaba

necesariamente —si es que debía ocurrir— por la destrucción de Alemania en tanto contrincante principal. Para tal logro no era suficiente la decadencia de Inglaterra. Se requería la destrucción de Alemania. Y por ello el siglo xx se jugó en Europa; en particular en el centro de ésta.

La cuestión es que entre Francia y Alemania —opositores durante la primera y segunda guerras mundiales— por un lado, y Rusia, por otro, están los países balcánicos, zona de influencia de Alemania y de Rusia. Esto es, de los extremos de la geopolítica europea continental. Así que, destruida Alemania en la Segunda Guerra Mundial, y desmembrada la U.R.S.S. en 1991, el resultado es la pulverización de los Balcanes (“balcanización”) a favor de ninguno. Incluso operada por el persistente jaloneo entre ambos extremos. Mientras tanto, el tablero exterior exhibe el crecimiento estadounidense.

El que el siglo xx aparezca como el *siglo de las naciones*, según lo nombra Eric Hobsbawm, simultáneamente oculta y expresa la realidad esencial del mismo; esto es, según mi tesis, que se trata del siglo de la hegemonía mundial de EE.UU. Pues la multiplicación de las naciones burguesas involucra el crecimiento de la propiedad privada por proliferación de las regiones burguesas. Mientras que la hegemonía mundial constituye —o no es otra cosa que— la hipóstasis de la propiedad privada o su magnificación y apoteosis. La cual, para ser posible, supone o requiere la extensión o propagación de la propiedad privada.

Los recientes trazos del mapamundi ilustran lo dicho, pues correlativamente con los procesos a través de los cuales se jalona el establecimiento de la hegemonía de EE.UU., tales como las dos conflagraciones mundiales o la crisis del '29, surgen nuevos países, se modifica el mapa o cambia la formación de naciones previas; algunas asumen el papel de *sujeto* histórico cuando, hasta entonces, se reducían a sufrir como meros *objetos* la acción de otras naciones o sujetos históricos nacionales. Al respecto, el caso de la Unión Soviética o de China son descollantes. Antes de sus respectivas revoluciones —en 1917 y en 1949— eran meros objetos de la historia que padecían la vejación de Alemania, Inglaterra y Japón, entre otros; después, se levantan sobre sus pies, se sacuden el fango y echan a andar, convirtiéndose en sujetos históricos nacionales decisivos no sólo dentro de sus respectivas zonas de influencia sino con un alcance mundial. Veamos, ahora, la condición del redondeamiento de la hegemonía mundial estadounidense.

1.1. El redondeamiento de la hegemonía mundial de EE.UU. y la Cuenca del Pacífico

La orientación “galáctica”¹ de la tecnología capitalista de punta tiene un correlato geográfico terrestre en su propensión hacia el dominio real del Pacífico por parte de los Estados Unidos. La U.R.S.S. y China quedan enfrentadas —ya no sólo desde la mediación europea, en el caso de la primera, y directamente por EE.UU., en el de China— por los países capitalistas del extremo oriente, desarrollados y subordinados a EE.UU.: Japón, Taiwán, Singapur, Tailandia y Corea del Sur. Por supuesto, Australia constituye un enclave importantísimo al respecto. Pero, la promoción de tales mediaciones sólo es posible en la medida en que los propios EE.UU. se desarrollaron y profundizaron su dominio sobre Europa y América Latina. De hecho, su poderío perfeccionado sobre el mundo reparte su efecto entre el Atlántico (Europa) y el Pacífico (extremo oriente), basado en la columna forjada por los estadounidenses entre 1904 y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. ¿Cuál columna? La de su hegemonía regional inmediata: el dominio del sur, de América Latina. La supremacía sobre Canadá dependió del predominio de EE.UU. sobre el Atlántico y la consiguiente subordinación de Europa.

La base tecnológica previa permitió el dominio del sur y del Atlántico y el esbozo o formalización del dominio del Pacífico, lo cual posibilitó, a su vez, que la anterior base tecnológica prevaleciera desde la Segunda Guerra Mundial hasta 1970. Estos dominios fueron los marcos de su desarrollo, contención y apuntalamiento. Pero la salida de EE.UU. de Vietnam en 1975² indicaba ya que la base tecnológica y, por tanto, la económica, debían remodelarse. Esta remodelación se precipitó en el curso de la crisis de 1971-1982, la más profunda y extensa del capitalismo hasta hoy. Por ello, observamos que el remozamiento de la base técnica norteamericana y de la correspondiente división internacional del trabajo ocurren en paralelo con la realización de su dominio sobre el Pacífico. Todo el oeste estadounidense debió industrializarse; el despegue del capitalismo desde la costa del Pacífico esperó hasta entonces, no obstante haber sido

¹ Alusión al programa espacial de la NASA “Guerra de las Galaxias”, iniciado bajo la administración de Ronald Reagan.

² En abril de 1975, Saigón se convierte en la ciudad Ho Chi Min. Los últimos norteamericanos deben evacuar la ciudad en helicóptero.

previsto desde 1848 (Marx y Engels, 1980 [1848]). Retrotraigámonos para ver con matiz el asunto:

- a) La circunnavegación del globo terráqueo a través del canal de Panamá, construido en 1904, marca el esbozo del circuito total del dominio capitalista de EE.UU., al momento en que perfila la construcción de su columna sureña de apoyo, desplazando crecientemente fuera de ella (de América Latina) a Inglaterra, Francia y Alemania.
- b) La Revolución Mexicana de 1910-1920 y la expropiación petrolera en México en 1938 sellan la *definitiva derrota del capital europeo en América del Norte* (Canadá, EE.UU., México y Centroamérica) y *perfilan la nueva forma de dominio norteamericano sobre América Latina y el mundo* a través de una *relación capitalista purificada*, entre naciones “independientes” y sus nuevas colonias.
- c) La comprensión de la geopolítica actual —orientada económica y productivamente hacia el Pacífico y política y militarmente hacia el medio Oriente y Centroamérica, así como financieramente sobre el Tercer Mundo en su conjunto, en especial sobre América Latina— y de la *transformación tecnológica y de la división mundial del trabajo que la subtiende*, requieren como premisa observar el desarrollo histórico de los Estados Unidos, que se dirigió a consolidar el territorio que le permitió repartir su crecimiento orientándolo hacia el Atlántico y hacia el Pacífico al modo de una gigantesca bisagra y péndulo. Este territorio fue la condición básica para que hoy esté en marcha la *realización* del dominio norteamericano sobre el Pacífico y la concomitante tecnología y forma de división mundial del trabajo. La apropiación de ese territorio coincide, a su vez, con la consolidación preliminar de EE.UU. frente a América Latina, pues era un territorio que anteriormente perteneció a México (Veraza, 1999 y 2000).

Si queremos observar el último hito histórico del capital mundial durante el siglo xx en su propio terreno, más allá de sus premisas inmediatas (1945-1970), requerimos indagar la “cuestión del dominio del Pacífico” y, por ello, nos retrotrajimos a las vicisitudes que permitieron a EE.UU. poseer ese horizonte posible de desarrollo. Marx y Engels comentaron los sucesos a través de los cuales, desde 1847, ese país se apropió del territorio

de Texas, Nuevo México y Arizona al sur, así como de California en el extremo occidental de la plataforma continental de Norteamérica, las costas bañadas por el océano Pacífico.³

El fin del siglo XX —y seguramente parte del XXI— testimonia previsiones sobre el desarrollo de la historia del capitalismo hechas hace más de 150 años, esto es, poco antes de 1850.

Que el dominio del Océano Pacífico se constituye en “centro estructurante” de la historia significa, actualmente, que ocurre la *industrialización capitalista de la Cuenca del Pacífico*: de los países de América del Norte, del Sur, de los de Oceanía y del extremo Oriente; industrialización que pone a esta vasta zona a la “altura de los tiempos”. Los restos de formas de vida precapitalista del área van siendo barridos casi en su totalidad. En segundo lugar, significa que ese magno espacio industrializado capitalistamente pasa a ser *regido por la gran potencia del orbe: EE.UU.* Y, en tercer lugar, que esta gran potencia *redondea su hegemonía mundial en ese espacio geopolítico concreto*. Finalmente, que el redondeamiento de la supremacía mundial de EE.UU. en ese espacio concreto no es un hecho casual sino históricamente fundado, debido a que el Mediterráneo y el Atlántico —mares del desarrollo de la civilización occidental— eran inapropiados para posibilitar un dominio mundial. En cambio, EE.UU. es una bisagra geográfica entre el Atlántico y el Pacífico; intervino en la historia occidental atlántica (hasta dominarla a través de la Segunda Guerra Mundial y la OTAN) y en la del Pacífico, abriéndola en forma integral al desarrollo capitalista, sin importar que hasta entonces la Cuenca del Pacífico se hubiera mantenido, en buena medida, al margen de la historia capitalista occidental. De tal suerte, el poderío de EE.UU. sobre la Cuenca del Pacífico significa no sólo que, en general, éste redondea su dominio sino que, *para redondearlo, debe basarlo cada vez más en el dominio de esta Cuenca, cuya potencia, EE.UU., le enfrentará cada vez más al resto del mundo*.

La *industrialización capitalista de la Cuenca del Pacífico* avanza formalmente desde los inicios de la segunda posguerra, pero camina a pasos de gigante sólo desde principios de los ochenta. La *rectoría del área por parte de EE.UU.* inicia hacia 1847, con la conquista de vastos territorios

³ Mike Davis (1983) ha intentado comprender la situación *actual* de la economía norteamericana a partir de la tesis de Marx sobre el desarrollo capitalista en la Cuenca del Pacífico; pero lo hace deficientemente.

mexicanos situados en las márgenes de la Cuenca. La derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial y el desmembramiento de la U.R.S.S. en 1991 marcan dos hitos decisivos en cuanto a ese logro; estando en medio (1962-1975) la guerra de Vietnam, finalmente perdida por EE.UU. El *redondeamiento de la hegemonía mundial de EE.UU.* se juega, ciertamente, en el área de la Cuenca del Pacífico y fuera de ella, pero *teniéndola EE.UU. como punto de apoyo de su poderío contra Europa y la U.R.S.S.* y como presea al ganar cada vez más terreno contra Japón, Australia o China. Esto constituye la razón para que el último tramo de la historia del siglo xx (1970-2000) deba ser caracterizado tomando como referencia el horizonte en que se mueven los acontecimientos en esta área geográfica; terreno del que parten y meta hacia la que apuntan; así como empresa histórico trascendente en aras de la cual —sépanlo o no sus agentes— se perfilan, sucumben o sobreviven, por más alejados que se encuentren del lugar geográfico.

2. ¿“Siglo corto” el xx?

El hundimiento del bloque comunista en Europa y la desintegración de la U.R.S.S. constituyen, ciertamente, el acontecimiento histórico más importante desde el término de la Segunda Guerra Mundial. De suerte que el gran historiador Eric Hobsbawm (1994) concibe la *historia del siglo xx* como la de un “siglo corto” que va de 1914 a 1991. Esto es, desde el inicio de la Primera Guerra Mundial, en el seno de la cual se gesta la revolución bolchevique, con cuyo triunfo inicia la construcción de la Unión Soviética, hasta la desintegración de ésta. Sin embargo, la magna importancia histórica del nacimiento, desarrollo y derrumbe de la U.R.S.S. no es tal como para abrir y cerrar el siglo como cree Hobsbawm, aunque puede verse así sólo si se considera que se trata de un país en el que se realizó el socialismo —con la novedad histórica masiva que ello hubiera involucrado— y que, con su caída, cayó éste. Los historiadores de derecha —como Paul Johnson (1993)— asumen a regañadientes este supuesto, pero su anticomunismo los lleva a no ser consecuentes con él, así que periodizan de otro modo, en cambio Hobsbawm no transige con su premisa y enaltece de ese modo a la U.R.S.S., asumiéndola como socialista y, por ende, como el mayor fenómeno epocal del siglo. Asimilando la historia de éste a la historia de la U.R.S.S. No obstante, el principio en el que se

sustenta todo ello: la U.R.S.S. fue socialista, no está demostrado ni mucho menos. El terror de la derecha a las transformaciones revolucionarias les hizo creer, sin mayor comprobación, que allí se erigió el socialismo. Y el optimismo de izquierda se equivocó al tomar al terror de la derecha como prueba de que allí había socialismo.

Mientras que el hecho que revela a EE.UU. como única superpotencia mundial *después* de 1991 es *históricamente continuo* con la guerra de 1914-1918, y más atrás con el posicionamiento de los países europeos y de Estados Unidos para disputar la hegemonía mundial a Gran Bretaña a raíz de la crisis de 1871-1893, de la que ese país saliera tan lesionado, cosa que no sucedió ni con Alemania ni con los propios EE.UU.

La caída del bloque “socialista” europeo y el desmoronamiento de la U.R.S.S. son efectos de la mundialización del capitalismo industrial y de la promoción de una potencia hegemónica adecuada a la medida mundial del capitalismo. “El siglo xx tuvo cien años” y su último tramo histórico —abierto en 1970— se redondea en el 2000, pero aún no se cierra.

3. Paul Johnson mira el siglo

A diferencia de Hobsbawm, que considera a la Revolución rusa de 1917 como el hecho histórico universal decisivo del siglo xx —y no al establecimiento de la hegemonía mundial de Estados Unidos—, Paul Johnson juzga que ésta es lo decisivo, pero la visualiza como una epopeya de la democracia y la libertad, sin pecibir el desarrollo de la enajenación histórica que caracteriza a este avatar en su esencia. Citémosle.

A partir de la tragedia inicial de la Primera Guerra Mundial 1914-1918, el siglo xx había parecido a muchos una interminable sucesión de desastres morales y físicos, y éstos habían sobrevenido a pesar del rápido aumento de la riqueza, sobre todo en los países avanzados, y del permanente progreso de los descubrimientos científicos (Johnson, 1993: 699).

Y no sólo a pesar sino también y, esencialmente, en conexión con el aumento de riqueza/miseria propia del capitalismo conocida por la economía política y explicada en su ley interna por vez primera por Marx (1979). De un modo similar, el progreso científico, en tales condiciones —generales de la sociedad burguesa y no exclusivamente del inicio del siglo xx, como querrá sugerir Johnson— involucra enajenación; sí, una

“interminable sucesión de desastres morales y físicos” producidos por la sociedad contra sí misma.

De suerte que, hacia 1945, H. G. Wells perdía toda esperanza, nos dice Johnson, quien para remachar añade:

Después, pareció que sobrevenía una nueva declinación, pues la década de 1970 fue un periodo de ansiedad y desilusión excepcionales, de preocupación por el ambiente y el agotamiento de las materias primas que se sumaba a la extensión de la competencia de la guerra fría en todo el mundo y a los deterioros provocados por el Colectivismo en Europa Oriental, la mayor parte de África y extensas regiones de Asia y América Latina. Por doquier e, incluso, en sus principales centros, la democracia y el imperio del derecho que le confieren sentido parecían encontrarse a la defensiva (Johnson, 1993).

Estos fueron los setenta según nuestro autor quien, como se ve, invierte la valoración auténtica de los hechos; sobre todo en eso de “los deterioros provocados por el colectivismo”. Seguro porque le desagrada éste y no puede reconocer el beneficio que significó para millones de personas. Luego, no entiende la conexión entre el desarrollo del movimiento socialista y el de la democracia en todo el orbe; y no ve que no sólo hubo “preocupación por el ambiente y el agotamiento de las materias primas”, como quien se preocupa por el clima y la ubicación de una mina; sino que se concretó un amplio movimiento ecologista con una cada vez más avanzada conciencia *social* acerca del deterioro ecológico y del agotamiento de materias primas debidos a una explotación irracional por parte de la producción capitalista, en primer lugar de la fuerza de trabajo humana de millones de hombres y mujeres, orientada a esquilmarles plusvalor y, por ello, el capital no paró mientes en las condiciones naturales que este proceso de explotación capitalista destruía. Los años setenta fueron, al revés de lo que cree Paul Johnson, años de esperanza, sobre todo los primeros cinco, incluso en medio de la peor crisis del capitalismo; precisamente porque el sujeto social a nivel mundial pudo reaccionar con conciencia histórica —aun acerca de su entronque con la naturaleza— contra los efectos nocivos cada vez más profundos del modo de producción capitalista en curso de mundializarse. Y lo pudo hacer durante toda la década del sesenta, culminando con el movimiento de 1967-68 (Veraza, 1993b) y la potencia y conciencia alcanzadas durante esos años aún vivificaba a los contestatarios de los setenta. De todo lo cual Johnson no sólo nada sabe sino que *nada quiere saber* y, cuando lo ve, lo invierte y malversa. Pero

entonces, en medio de la *enajenación en progreso* que es la sociedad burguesa, ¿no cabe esperanza para este autor, ya que ni cuando los seres humanos reaccionan contra la enajenación se digna reconocerlo positivamente, sugiriendo implícitamente que son males que Dios nos manda o la naturaleza nos opondrá? Nada de eso, él sabe alegrarse. Lástima que lo hace cuando la aplastadora del capitalismo avanza triturando carne y huesos de gente viva y antes explotándola salvajemente. Pero quizá en medio de tal Apocalipsis para la humanidad —y apoteosis de la enajenación— haya motivos de esperanza, pues si el progreso capitalista es enajenación, la enajenación capitalista condiciona una intensa y progresiva reacción humana afirmativa contra ella.

Veamos con qué entusiasmo y en qué cifra su confianza Paul Johnson, “la mirada del capital neoliberal posmoderno” le llamaremos, para dejar claro nuestro juicio acerca de su punto de vista:

[1] Pero con la década de 1980 comenzaron a soplar grandes vientos de cambio en la marcha de la humanidad, y cobraron impulso durante la década y aun después [2], en el comienzo de los años noventa, barrieron todo lo que se les ponía por delante y promovieron en el paisaje global una transformación fundamental. Los años ochenta fueron una de las divisorias de aguas de la historia moderna. [3] El espíritu de la democracia recobró confianza y se difundió. El imperio del derecho fue restablecido en grandes extensiones del globo y se frenó y castigó la depredación internacional. Las Naciones Unidas y especialmente su Consejo de Seguridad por primera vez comenzaron a funcionar como era la intención de sus fundadores. [4] Las economías capitalistas florecieron notablemente y en casi todos lados se extendió la idea de que el sistema de mercado no sólo era el más seguro sino también el único modo de aumentar la riqueza y elevar el nivel de vida. [5] Como convicción intelectual, el colectivismo se derrumbó y el proceso en virtud del cual se lo abandonó pudo desarrollarse incluso en sus baluartes. El imperio de Stalin, el último de los conglomerados coloniales, se desintegró. El propio sistema soviético se vio sometido a creciente presión, y los múltiples problemas de Rusia debilitaron tanto su condición de superpotencia como la voluntad de sus gobernantes para continuar la guerra fría. [6] Hacia principios de la década de 1990 se redujo la visión de pesadilla de la guerra termonuclear y el mundo pareció más seguro, más estable y, sobre todo, más esperanzado. ¿Cómo sobrevino esta dramática contrarrevolución? (Johnson, 1993: 699-700).

Ad. [1] se refiere a que dos de los campeones de Johnson: Margaret Thatcher y Ronald Reagan tomaron el mando de Gran Bretaña (1979) y de EE.UU. (1981), respectivamente, e implementaron una agresiva

política económica contraria a la clase obrera y a las naciones oprimidas, conocida como monetarismo o neoliberalismo en la intención de sacar de la crisis al capitalismo por la única vía que éste conoce: elevando la tasa de explotación de la gente que trabaja (toda vez que las crisis capitalistas reflejan una caída de la tasa de ganancia).

Ad. [2] alude, simultáneamente, a la caída del llamado bloque socialista (1989) y al desmembramiento de la U.R.S.S. (1991), cuyas economías en crisis crónica —aunque ocultada— se sostenían con los préstamos financieros de bancos occidentales; pero, una vez que las dificultades se recrudecieron en Occidente en 1987, éstos carecieron de fondos para dirigirlos a los países de Europa Oriental.⁴ La interconexión de la economía capitalista mundial se evidenció al transformarse en crisis social y política en los países que aparentaban ser socialistas no siéndolo. Aunque Johnson cree que lo eran y se regocija de la caída del socialismo y no —como yo— de que cayera la máscara y el capitalismo de forma despótica que aquél ocultara.

Ad. [3] tiene que ver, fundamentalmente, con la guerra de EE.UU. para someter a Saddam Hussein, la guerra del Golfo Pérsico (1990-91); empresa en la que lo apoyaron las grandes potencias europeas y Japón (lo que este autor llama enrevesadamente *el espíritu de la democracia*), después de que la Organización de las Naciones Unidas (ONU) exigiera a Hussein salir de Kuwait. En conflictos ulteriores, como los de Bosnia-Herzegovina y Congo, el ejército de la ONU intervendría directamente en forma masiva, rebelándose como un verdadero policía internacional.⁵ Todo lo cual está determinado por la acrecida fuerza hegemónica de EE.UU., incluida la efectividad del Consejo de Seguridad de la ONU.

Ad. [4] en realidad, país por país, creció la riqueza sólo de unos pocos y se multiplicó la miseria de la mayoría. Johnson oculta a sabiendas esta dialéctica atroz “extendiendo la idea” —con total falta de honradez como historiador— propagada por los medios masivos de comunicación más reaccionarios.

Ad. [5], lo aquí dicho es correcto excepto la oración inicial, donde se alude a la U.R.S.S. y al “bloque socialista” y aun al marxismo y a la doc-

⁴ “...después de 1987 ya no fue posible disponer de efectivo al este de la línea Oder-Neisse, más aún se acentuó la presión orientada hacia el reembolso del capital y los intereses” (Johnson, 1993: 756).

⁵ Cf. Valladao, él dice de EE.UU. que es un “gendarme reticente”; “Liderazgo sí, pero sin asumir todos los costos que implica” (Valladao, 1998: 31-34).

trina comunista —sí, todo confundido en un mismo saco— como “colectivismo”. En realidad, el autor debía sanjar la cuestión de si en la Unión Soviética hubo socialismo o no; y no más bien safarse de esa responsabilidad como historiador, introduciendo un término tan ambiguo como el de colectivismo. No hay duda de que en la opinión pública mundial se vio profundamente lesionada la idea de socialismo, sobre todo por el modo en que los medios masivos de comunicación confundieron U.R.S.S. con socialismo y la caída del muro de Berlín, entre otros hechos, con la debacle del socialismo. El desconcierto en la izquierda fue profundo. Síntoma del auge no sólo material (económico, político y hegemónico) del capitalismo, en especial del estadounidense, sino también ideológico. La lesión en la idea de colectivismo es más dudosa ya por lo impreciso del término.

Ad. [6], ciertamente, la guerra fría llegó a su fin e, incuestionablemente, el desarrollo histórico (1981-1991... y aún hasta 2000) es caracterizable, en buena medida, como contrarrevolución; siendo sorprendente el gusto de Johnson por ese término y por lo que significa. Sin embargo, en lo relativo a la caída del muro de Berlín y a la destrucción de las dictaduras burocráticas de los países pseudosocialistas, así como al derrumbe del imperio de la U.R.S.S., se trata de un desarrollo revolucionario; por supuesto no socialista sino propio del desarrollo histórico capitalista. De suerte que ese autor se regocija de todo lo que sea avance capitalista sólo en la medida en que acreciente el poder de las capas dominantes y la hegemonía de EE.UU. sobre las masas y los pueblos; en especial si éstos se hallaban en rebeldía. Tanto más se alegra del desarrollo capitalista que es contrarrevolucionario. Y todo desarrollo capitalista hegemónico le parece tal, aunque no lo sea. Contrarrevolucionario es, para Johnson, el *nec plus ultra*.

4. Crítica a *El largo siglo XX*, de Giovanni Arrighi y su idea de crisis del capitalismo

Arrighi reconoce la importancia de la hegemonía de EE.UU. para el siglo XX y precisamente como desarrollo de la enajenación histórica; pero lo hace de un modo esquemático perdiendo, por ello, la especificidad de los procesos y, en particular, del futuro posible.

Escrito en 1994, el libro de Arrighi no polemiza con el de Hobsbawm de 1998 sino que la idea de éste del “siglo corto” debate implícitamente

con Arrighi (1999). La noción de *larga duración* tuvo como uno de sus frutos en Fernand Braudel el observar “siglos largos” o, mejor, “largos siglos” en el desarrollo europeo; caso del “largo siglo xvi” de más de doscientos años citado por Arrighi (p. 257) o la “Guerra de los cien años italiana”. Por cierto, la suma de ambos periodos es lo que Arrighi denomina análogamente el *largo siglo xv-xvi* de más de doscientos noventa años y que da pie a la era de acumulación genovesa (p. 259).

Este autor establece cuatro grandes ciclos sistémicos de acumulación (de capital) (CSA) ocurridos en lo que llama —siguiendo a Immanuel Wallerstein— *el capitalismo histórico*.⁶ El ciclo genovés (1450-1620), el holandés (1620-1780); en tercer lugar, el británico (1740-1929); y, finalmente, el ciclo estadounidense (de 1970 en adelante, aún no concluye). Para caracterizar este último ciclo sistémico de acumulación hablará de un “largo siglo xx” iniciado en 1870 y a concluir, quizá, hacia el 2050, si la deblacle del ciclo estadounidense ocurre entonces. ¡Qué bueno que la hegemonía de EE.UU. cayera sólo por la fuerza del pronóstico de su caída!

La primera crítica contra Arrighi es que su periodización esquematizada del desarrollo del capitalismo (p. 257), más allá de ser sugerente y ofrecer una síntesis elegante, no parece tener más fundamento que la *analogía histórica*. Esto es, carece de sustento, pero lo aparenta, cual es el caso de las analogías. Sobre todo, cuando aplica la idea de “siglo largo” al xx, cual es su interés primordial. Pero deberemos observar más determinaciones de su propuesta, pues quizá en ellas encontremos bases reales y debemos revocar nuestra primera crítica.

La función de la analogía histórica que este autor establece consiste en permitirle *pronosticar* algo acerca del ciclo estadounidense aún inconcluso; a saber, decir que pronto va a concluir como le sucedió a los tres previos. “La estructura similar que presentan todos los siglos largos” es lo que distingue —dice— su esquema (p. 257). En lo que supone una previsible (??) sustitución de la hegemonía de EE.UU. por la de otro país en no tan lejana fecha, según decíamos hacia el 2050, de forma consonante con Wallerstein (1999). Lo que dista de ser realista. Pero esta segunda crítica

⁶ Cabe advertir que lo de *histórico* sirve en ambos autores para desdibujar la diferencia entre capital industrial y capital comercial y financiero. Toda vez que antes del dominio del capital industrial sobre la sociedad existieron históricamente capitales comerciales y financieros luego integrados al servicio de la acumulación del capital industrial. El *continuum* histórico permite decir: “capitalismo histórico”, cuando que *capitalismo* propiamente dicho sólo es la época en que es preponderante el capital industrial.

nuestra —que refuerza a la primera— tal vez esté presa de la apariencia de fortaleza actual del hegemón norteamericano. Por lo que debemos explorar otros argumentos de Arrighi.

El inicio de un CSA se traslapa con una franja terminal del ciclo anterior. Así, el británico comienza hacia 1740 cuando el holandés termina hacia 1780, superponiéndose uno y otro en una franja de cuarenta años. El autor llama *crisis señal* (s) a aquella que le ocurrió en este caso, al CSA holandés en 1740, y *crisis terminal* (t) a la de 1780. Y como son las del segundo CSA, las denomina s_2 y t_2 respectivamente (p. 258). De ahí que la crisis *terminal* británica (t_3) (1929) sea demasiado cercana de la crisis *señal* estadounidense (s_4) (1971). Esto es, el tramo es demasiado corto respecto del (t_n-s_n) de “siglos largos” previos. Lo que parece un rasgo sintomático de lo *forzado* de la analogía histórica orquestada por Arrighi. Pues t_1-s_2 va de 1630 a 1740 más o menos. Tercera crítica que quizá pueda él revertir.

En efecto, dice observar —aunque [1] no está claro a esta altura de su argumentación si en la historia del capitalismo o en su esquema sobre la misma— el *hecho* de que los siglos largos se aceleran (p. 259). El siglo largo XIX fue más corto que el siglo largo XVIII y éste más que el largo siglo XV-XVI —¿quizá [2] porque Arrighi sumó al largo siglo XVI de Braudel la “Guerra de los cien años italiana” de Braudel?, y sería más largo si más eventos le adicionara—, por lo que seguramente el XX será más corto que el XIX; así que si el tramo t_3-s_4 nos parece muy breve es por lo recién dicho: esto es, porque cada vez todo es más acelerado. Valga la tautología [3].

En este párrafo he concentrado tres cuestionamientos: [1], [2] y [3] y redondeo mi idea con otra crítica que ya es la séptima. Según se ven las cosas a fines del siglo XX y a fines del año 2002 la *aparente* fortaleza de EE.UU. indica que quizá la de 1971 no fue una crisis señal; o, si lo fue, parece que el tramo s_4-t_4 será más prolongado que lo que Arrighi cree, pues las analogías de su esquema permiten que, conforme a éste, cada vez que avanzamos en el tiempo todo suceda más de prisa. Y, precisamente porque más allá de correspondencias *formales*, la duración de la hegemonía de EE.UU. está determinada por el *contenido geopolítico* que la sustenta: su peculiar situación geopolítica de cara tanto al océano Atlántico como al océano Pacífico y su dominio sobre ambas cuencas a partir de una plataforma geográfica de riquezas naturales incomparable. En efecto, este contenido es lo que deberá desgastarse para que la hegemonía de EE.UU. llegue a ser obsoleta.

Pero esta séptima crítica —aún por ver si se sostiene— y que ya alude a un *contenido material*, al parecer soslayado por Arrighi —no obstante ser obvio—, debo argumentarla más en conexión con las otras seis antes de explorar nuevos argumentos suyos.

La teoría histórica de Arrighi se nos ha revelado hasta aquí como una teoría de analogías (esto es, como mera ideología). Exalta la *forma* por sobre el *contenido histórico* efectivo so pretexto de, sólo así, comprenderlo o dar cuenta de él,⁷ no sólo describirlo o registrarlo. Cada suceso es sobresignificado o resignificado; en realidad, es alienado y deja de ser lo que realmente es para empezar a significar a favor del esquema intelectual usado por Arrighi, de suerte que apuntale la doble analogía de base. La cual es, a saber, la siguiente. Por un lado, los ciclos genovés, holandés, británico y estadounidense son ciclos de acumulación de capital; aunque los dos primeros no son de capital industrial como sucede con el británico y el estadounidense. Respecto de tan decisiva diferencia nada se dice, aunque Marx señale que el capital industrial “abre una época histórica” y Giovanni Arrighi se base en Marx para muchos de sus juicios. Por otro lado, la analogía consistente en que si fue sustituida la hegemonía inglesa por la estadounidense, la de los genoveses por los holandeses y la de éstos por los británicos, la de EE.UU. deberá ser sustituida y pronto.

En realidad, el más grave desliz formalista o analogista de este autor está en que no observa de modo fundamental —esto es, con toda la importancia que tiene— la base material que le posibilita a EE.UU. ser hegemónica de la *medida geopolítica de capital industrial específicamente mundial* (Veraza, 1999). En efecto, soslaya la base geopolítica de ese país, bisagra del Pacífico y el Atlántico;⁸ *contenido material* que ninguna nación puede tener ni por tanto disputar a EE.UU. O bien, cuando Arrighi alude o toma en cuenta este *contenido* es para subsumirlo —y lo considera como ya subsumido— a la *forma* “largo siglo” o a aquella otra de “crisis señal”. Tampoco advierte, por cierto, la medida geopolítica de capital industrial para comprender la historia del desarrollo capitalista; cual debería de hacerse (Veraza, *sf*). Ni observa otros conceptos marxistas para entender el desarrollo histórico capitalista conceptual y fundamentalmente, como son aquellos que integran la *teoría de la subsunción formal*

⁷ Una de las acepciones en castellano —por cierto muy utilizada— de dar cuenta de alguien es ni más ni menos que asesinarlo.

⁸ Según señalamiento de Karl Marx en su artículo de 1848 “Los Movimientos de 1847” (Marx y Engels, 1980).

y de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital (Veraza, s/f), mediante la cual puede establecerse la periodización de la historia de este siglo; aunque sí usa laxamente el concepto de plusvalor y, con más exactitud, el de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia o ley del desarrollo capitalista, según Marx.

No está por demás señalar en este contexto que son, precisamente, los conceptos de *subsunción formal* y de *subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital* los que le dan *contenido* y dan viabilidad a la existencia de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. La cual describe la *forma* de movimiento de aquéllos. Otra vez, Arrighi se queda con la forma e ignora el contenido.

El caso es que el CSA de EE.UU. está en curso y no sabemos cuál es su crisis terminal; pero tampoco la de 1971 fue su *crisis señal*, y la ventaja de hablar de CSA es que se tiene por seguro un ascenso y una decadencia, lástima que la fecha sea incierta. Sin embargo, puede haber una salida. En el mismo siglo XX sí que ocurrió la crisis terminal de Gran Bretaña; y si no en el XX *strictu sensu*, a fines del XIX (1871-1895). Esto nos sitúa ya en el terreno histórico y en el de los días, meses, años, décadas y siglos, etcétera; más allá del mero ámbito conceptual y esquemático del CSA con sus tres tiempos no fechados.

Además, tuvimos varias crisis económicas durante el siglo XX; de manera sobresaliente la de 1929, iniciada en EE.UU., pero que fue la crisis terminal británica (p. 257). Fuera de combate Gran Bretaña, vivimos la crisis de 1971-82, más estruendosa incluso que la de 1929 ¿No podría ser ésta la crisis señal de EE.UU., toda vez que evidenció no ser la crisis terminal?

Para que lo sea —o lo parezca— sólo es necesario que al evento histórico le apliquemos ahora el esquema conceptual CSA y, lo hagamos justamente en sus tres tiempos y con la característica de hipertrofia financiera que emerge en las crisis señal de los CSA no industriales. Que sean *no* industriales es lo de menos por ahora, una vez que también Gran Bretaña —hegemónico en materia industrial— mostró hipertrofia financiera en su crisis señal.

De tal manera, identificando CSA con “siglo largo” se obtiene concreción —fecha precisa— para lo que sólo era indeterminación esquemática. Y si hay algo en el decurso histórico del siglo que aún no apunte a la tesis presupuesta, esto es que EE.UU. “está herido de muerte”, como lo dijera Lenin ya en 1914 respecto del capitalismo en su conjunto y se equivocó,

o como lo dijeron los teóricos del capitalismo monopolista de Estado en 1971 y fallaron también con su idea de la “crisis general del capitalismo” datada para ese año, pero que ahora Arrighi con su crisis señal/crisis sistémica/crisis terminal puede proclamar de nuevo y quizá acierte. En fin, que si hay algo en el decurso histórico del siglo que aún no se preste para apoyar la idea de que EE.UU. y el capitalismo caen, simplemente metemos al siglo en la camisa del CSA y de la hipertrofia financiera y, entonces, la crisis de 1971 —como por arte de magia— *es* ya crisis señal; y como otra “característica histórica” consiste en que los siglos largos se acortan —sobre todo el lapso entre crisis señal y crisis terminal— volvemos a aplicar la analogía y el siglo queda listo para expresar los tres tiempos del CSA ya fechados: 1871-1929-1971 y seguro está muy próxima la crisis terminal porque, ya lo dijimos: la historia capitalista se acelera.

A esta camisa de once varas pseudohistórica, que asimila el *siglo* con el CSA del capitalismo no industrial y a éste con el CSA del capitalismo industrial, es lo que Arrighi llama “largos siglos” y, sobre todo, “largo siglo xx”. Frase con la que ya podemos hacernos la ilusión de que —si no este año— pronto caerá EE.UU., pues “sus días están contados” por hallarse “herido de muerte” con el estilete de la audaz analogía histórica. Y según la triple matriz de imperialismo en tanto “fase superior”, “hipertrofia financiera” y “crisis general del capitalismo”, por hallarse en *esa* fase y ser *esa* hipertrofia: capitalismo financiero. Y aunque Lenin no tuviera la razón en esto último —en que en el imperialismo domina el capital financiero—, que es la *premisa* de la triple matriz, no cree Arrighi que se equivocó en toda la matriz, así que EE.UU. *debe* caer pronto.

En verdad, el siglo xx duró cien años como todos los siglos. Y su historia puede ser contada comenzando en 1900; no sólo por llevar la *cuenta de los años* sino porque entonces ocurrió un fenómeno histórico *cualitativo* que conduciría a la Primera Guerra Mundial: la totalización del capitalismo en Europa.⁹ Claro que tal evento depende de la crisis de 1871-1895 y cabría narrarla como antecedente. Pero es mejor remitir a 1850 las raíces del siglo xx, el del capitalismo mundial hegemónico por EE.UU.; precisamente, porque en ese año se desbordó la medida continental de capital hacia la *medida mundial* (Veraza, *s/f*: cap. 1), esa que EE.UU. dominaría recién finalizada la Segunda Guerra Mundial.

⁹ Para el concepto de totalización del capitalismo europeo véase Veraza, *s/f*: cap. 4.

El siglo xx no fue “corto” como quiere Hobsbawm, porque la Revolución soviética de 1917 no fue su evento crucial sino el logro de la hegemonía mundial por EE.UU. Ni fue un “largo siglo xx”, como aún más forzosamente quiere Arrighi, asumiendo la centralidad histórica del predominio de EE.UU. para el siglo xx. Y no lo fue, porque *no* tenemos ni crisis terminal ni crisis señal de la inminente caída de EE.UU. como revancha simbólica —necesidad psicológica de Arrighi— después del derrumbe de la U.R.S.S. en 1991.

El siglo se mantuvo *abierto* sus cien años, si bien quedó hegemonizado en su segunda mitad por EE.UU., hegemonía que sigue *abierta* después de concluido el siglo. Y si no hay en el horizonte ningún rival que le dispute la hegemonía mundial, tenemos que el capitalismo norteamericano —y mundial— ha perdido tiempo precioso en remodelar su base industrial, tanto para ya no depender de reservas petroleras próximas a agotarse (2030) como para lograr que la tecnología capitalista no siga deteriorando la ecología del planeta volviendo, así, insustentable la acumulación de capital. Pero si el capitalismo de ese país y del mundo se desmoronan por este límite tecnológico no asumido racionalmente por los distintos gobiernos metropolitanos a partir de 1971, ese desplome no está inscrito en ningún siglo histórico de larga o corta duración, ni depende de la hipertrofia financiera. Y, más bien, si ésta no parece amainar durante todo el último tercio del siglo xx e inicios del XXI es debido al referido *basamento tecnológico inadecuado* desde 1971.

En efecto, la hipertrofia financiera es signo de *defensa inmunológica del capitalismo*. En el capitalismo comercial expresa una defensa integral y última de éste. Pero en el industrial, toda vez que la circulación mercantil y dineraria o financiera no dominan, sólo expresa un *enroque sistémico* de variado significado histórico. Si ocurre a la par de la emergencia de un rival de la hegemonía, entre ambos signos expresan una *crisis señal*. Pero si no irrumpe junto con un contendiente *industrial* capitalista por la hegemonía, expresa un enroque de *juego medio*, por así decirlo. Desde 1971 evidenció un límite ecológico/energético del aparato industrial capitalista actual; pero no una crisis señal, pues no hay rival industrial como para ello.¹⁰

¹⁰ Arrighi registra la noción de Marx de que el desplazamiento de las inversiones hacia las altas finanzas ocurre cuando el sistema encuentra límites para la acumulación de capital a nivel de la producción, sea porque se experimenta una caída de la tasa de ganancia o porque haya problemas tecnológicos o, aun, de rivalidad hegemónica; pero, luego, sin avisar y sin que sepamos por qué se da este capricho. Arrighi sólo ve este último caso (264-265).

La exploración de los límites tecnológicos, ecológicos y sociales del capitalismo manifiestos durante el siglo xx y vigentes en el XXI son un tema fascinante a ser analizado de por sí; aunque el presente ensayo no es el lugar para hacerlo.

5. Balance de posiciones para mejor avanzar

En lo que antecede, hemos criticado las interpretaciones que sobre la historia del siglo xx han llevado a cabo Eric Hobsbawm, Paul Johnson y Giovanni Arrighi, pero no en el orden cronológico de la publicación de sus respectivos libros que inicia con Johnson (1988), sigue con Arrighi (1994) y termina con Hobsbawm (1998). Autor que tuvo ante sí la interpretación de derecha de Johnson, en la cual se sugiere como esperanza para la humanidad lo que son los intereses a mediano y largo plazo del capital contra la humanidad. Hobsbawm y Arrighi quisieron poner las cosas sobre sus pies a fin de restablecer una esperanza histórica auténtica para las clases oprimidas del mundo y para la humanidad en general.

La respuesta de Arrighi ante interpretaciones del estilo de las de Johnson fue la construcción de un esquema en el cual la potente hegemonía de EE.UU. y el boyante capitalismo —incluso por sobre sus crisis, en particular la de 1971— triunfante sobre la U.R.S.S. —y que le daba pábulo a PJ para intentar afianzar en la mente de sus lectores su aviesa concepción de la historia del siglo xx— quedaba situado de tal manera que se visualizara su pronta debacle. Creyendo, Arrighi, que así no sólo revelaba las tendencias históricas contrarias a la hegemonía capitalista —y las esperanzas humanas inherentes a ellas— sino que, además, le hacía el servicio a la humanidad de darle renovadas esperanzas. Pero, según le hemos tomado el pulso al esquema de Arrighi y lo hemos señalado, éste se muestra forzado y con esperanzas ilusorias; y, lo que es peor, las tendencias históricas contrarias a la hegemonía capitalista y las esperanzas humanas inherentes a ellas se ven retorcidas y malversadas —en ese esquema— no obstante que son una realidad fundamental que existe auténticamente.

Y es ante posiciones de derecha —tergiversadoras de las esperanzas, como la de Johnson— y contestaciones de izquierda como la de Arrighi —ilusoria por forzada— que Hobsbawm quiso, de una vez por todas, narrar la historia del siglo xx año con año sin esquemas preestablecidos, ubicando en esa centuria sus eventos históricos significativos. De entre ellos, los

que le parecieron más significativos fueron la Revolución Rusa de octubre de 1917 y el desmembramiento de la U.R.R.S. de 1991 para, desde ahí, y no desde un esquema formal exterior al auténtico contenido histórico, establecer el significado todo del siglo xx y caracterizar su historia. El camino escogido por Hobsbawm es, en general, el correcto, pues se atiende al *contenido* efectivo de la historia que estudia para determinar, luego, sobre esta base, la *forma* de esta historia y sus tendencias; por ejemplo, el que el siglo tenga *forma* larga o corta y qué posibilidades quedan abiertas para la humanidad a partir del redondeamiento de sus hechos históricos más representativos, a diferencia de Johnson que presupone, sin explicitarla, una forma reaccionaria que tuerce cualquier hecho histórico para ponerlo a su servicio, y del esquema explícito de Arrighi, quien también fuerza los contenidos históricos aunque en un supuesto sentido libertario.

Rescatar el contenido vivo de la historia pasada es decisivo si se la quiere entender y, tanto más, si la vida presente quiere llevarla adelante, dándole un sentido libertario. Hobsbawm ha creído que la Revolución de octubre de 1917 —por cuanto brindaba expectativas a buena parte de la humanidad durante más de ochenta años en el curso del siglo xx— debía ser el hecho más significativo de ese siglo. Más todavía si se trataba de darle esperanzas a la humanidad después de 1991. Pero esa revolución fue, en primer lugar, la *expresión* del desarrollo capitalista mundial de entonces; mismo que las masas rebeldes rusas y sus dirigentes intentaron reconducir hacia el socialismo. Así que el contenido de fondo es lo decisivo y no la forma que pretendieron darle a ese contenido, el cual fuera de Rusia mostró evidente pujanza; y aún después de la crisis de 1929 y de la Segunda Guerra Mundial cuando hubo un recambio de hegemonía. Y fue precisamente el proceso de traspaso de la hegemonía de manos de Gran Bretaña a las de EE.UU. —con intentos de Alemania por arrebatársela— el hecho más notable del siglo xx. Y es de él, observado dialécticamente, que debemos obtener certezas y, sobre la base de las mismas, auténticas esperanzas.

De lo dicho se desprende la lógica de mi polémica. Comencé criticando la interpretación de Hobsbawm porque es la que ha pretendido *reponer los hechos históricos del siglo xx en su lugar*, aunque haya fallado. Luego vimos el punto de vista de Johnson y después el de Arrighi; es decir, la forma retorcida simple y la forma retorcida compleja de los eventos del siglo, a partir de las cuales Hobsbawm vio la necesidad de hacer prevalecer el contenido histórico, tratando de remontar ambos retorcimientos; pero,

a mi modo de ver, quedando parcialmente preso en ellos al momento de contestarlos. Preso, entre otras cosas, por creer que la deformación de los hechos históricos por parte de la derecha, afianzada en el dominio capitalista realmente existente, sólo podía contestarse exaltando un *hecho* de izquierda, incluso, por sobre el formalismo de izquierda. Pero de lo que se trata es de rescatar los contenidos eficientes del transcurso histórico, más allá de si son de izquierda o de derecha, esclavizantes o libertarios; por supuesto, con la intención de superar las fantasías que los agentes históricos se hicieron acerca de los mismos (como por ejemplo el confundir la intención revolucionaria socialista de la Revolución de 1917 con la realización efectiva del socialismo) (Veraza, 1998b), pues sólo el contenido real puede ser el punto de partida de una intención y de una acción transformadoras de la realidad histórica favorable a la liberación de la humanidad.

Mi intervención ha querido safarse no sólo de la prisión involuntaria de Hobsbawm sino, sobre todo, de la simple y la compleja aludidas; por eso la crítica a Arrighi fue la última que expuse. Desde aquí, intentaremos comprender un hecho histórico decisivo que no tuvieron ante sí ninguno de los autores discutidos.

6. El fin del siglo XX y los límites del capitalismo actual (ataque a las Torres Gemelas)

El 11 de septiembre de 2001 un ataque terrorista llevado a cabo contra las Torres Gemelas de Manhattan en Nueva York, utilizando aviones Boeing 727 *comerciales*, uno contra cada torre, a modo de bombas dirigidas, terminó por derrumbarlas hasta sus cimientos. Otro avión se impactó en un costado del Pentágono. Los símbolos del poder militar y financiero norteamericanos fueron puestos seriamente en duda en el interior del territorio mismo de la nación hegemónica mundial. Con este acto concluye histórico/cualitativamente el siglo XX y da inicio el XXI.

El nuevo siglo se reveló entonces como un siglo profundamente *filosófico*, toda vez que inicia con un cuestionamiento radical de la *forma* de la hegemonía mundial de EE.UU. Y los noventa y nueve años siguientes se abren como el espacio para que esa circunstancia histórica sea contestada adecuadamente. Por supuesto que la inicial respuesta de George W. Bush, presidente de EE.UU. a la sazón, con su enrevesada declaración

de guerra al terrorismo internacional que comenzó con el bombardeo a Afganistán, no asume la radicalidad de la pregunta, pues, aunque la eschucha, quiere abolirla, acallarla. Pero al siglo XXI le queda como tarea procurar mejores respuestas al cuestionamiento del 11 de Septiembre en los noventa y nueve años por venir.

El ejercicio de la hegemonía de EE.UU. desde la Segunda Guerra Mundial hasta la fecha ha corrido a la par del desarrollo capitalista mundial, y la acumulación de capital ha depredado sus condiciones de existencia, al exprimir a la fuerza de trabajo del planeta, así como las de la agricultura y de la ecología. Ya se toca el final energético petrolero del orbe, y la creciente automatización de la producción nos acerca al límite tecnológico del capitalismo. Además, se revela el agotamiento ecológico general y aún casos singulares peligrosamente agravados como el del uso del agua. Pero héte allí que de todos estos límites el primero que ha saltado por los aires ha sido el *humano*, sobre el que ha recaído el ejercicio de la hegemonía de EE.UU., según lo prueba el ataque terrorista a las Torres Gemelas, tanto por el *riesgo* que involucró para sus diseñadores, como por las condiciones *económicas y políticas* de los países de origen de éstos —árabes— y por la ideología y la psicología de quienes se autosacrificaron para realizarlo.

De hecho, la ecología, la tecnología, la economía, la política, la cultura y la psicología se revelan y claman su desproporción en ocasión del ataque terrorista. El *límite humano* fue el primero en saltar por los aires, no sólo porque sintetiza la inminencia del cortocircuito de los otros límites; sino porque él está *directamente* enganchado a la *forma* en que se realiza la hegemonía estadounidense. Misma que llegó a límite una vez devenida, de hecho, en mundial. Y llegó a límite, en la medida en que es ejercida en la *forma* premundial del capitalismo salvaje neoliberal, eficaz sólo entre 1981 y 1991 (año de la disolución de la U.R.S.S.) y un poco más adelante. Dicho de otra manera, para la *ecología humana mundial, la forma de la hegemonía norteamericana resultó insoportable de modo catastrófico sacrificial*.

6.1. Historia y psicología social

Es del mercado mundial realizado —con el que se inaugura el presente siglo— de donde proviene el sobresaliente carácter filosófico del mismo. Filosófico porque involucra un cuestionamiento profundo de lo existente, cual ha sido la tarea milenaria de la filosofía. En efecto, lo radical de la

respuesta a la forma de la hegemonía norteamericana contesta no sólo a su carácter humillante y opresivo sino global, en correlación con el establecimiento desarrollado del mercado mundial. Pero si lo que lo diferencia de otros siglos es este cuestionamiento global y radical, continúa el rasgo psicosocial que el siglo XX mostrara desde sus inicios y aún lo profundiza. Balance de ese rasgo es el que el filósofo español José Ortega y Gasset hizo en su célebre libro *La rebelión de las masas*, ya estigmatizado y presagiado desde el siglo XIX por Gustavo Le Bon en su *Psicología de las masas*, que le sirviera a Hitler para guiar su conducta, según lo revela *Mi lucha* (Moscovici, 1993). La exaltación de los medios de comunicación —en particular de la televisión— por Marshall McLuhan durante la década de los sesenta expresa fondo análogo. Y un multiforme fantasma psicosocial es la premisa de la guerra contra el terrorismo desencadenada por Bush hijo a partir del 20 de septiembre de 2001, como respuesta decadente a un cuestionamiento epocal profundo.

El lado específico y positivo del nuevo siglo se concentra en su carácter filosófico; mientras que la equivocidad de la historia actual adquiere amplificada expresión psicosocial. Pues es la expresión de la malversación general de las reciprocidades en las interacciones personales, grupales e institucionales en los planos local e internacional.

No podía ser sino que la equivocidad psicosocial del siglo XX y del XXI quedara reproducida en los intentos de reflexión historiográfica, como se revela directamente en la intervención de Johnson y en el sometimiento que él espera de sus lectores agobiados bajo el peso de la aplanadora neoliberal. Y la participación de Arrighi tampoco está motivada por un impulso meramente ideológico sino también psicosocial, con su urgencia por enterrar pronto a Estados Unidos, así sea sólo simbólicamente. El esfuerzo de Hobsbawm registra el escollo ideológico y psicosocial e intenta remontarlo, pero su creencia acrítica en algo que está por demostrarse revela en medio de qué desesperación psicológica se mueve y cuál es el sombrío horizonte psicosocial que privó en las filas de la izquierda después de la caída de la U.R.S.S., todo lo cual revela la necesidad de que la psicología social, como ciencia, se ocupe cada vez más a fondo de reflexionar la historia, toda vez que ésta se expresa con mayor reiteración, en general, de modo psicosocial y pone en cuestión a la psicología social, no sólo en su orientación política y ética sino, incluso, en su estructura epistemológica. Para que esta ciencia logre pararse sobre sus pies debe responder al desafío del siglo XXI no por su lado equivoco sino en su carácter cuestionador radical y global: “filosófico”.

7. Imperio. ¿Fin del imperialismo? Significado histórico del ataque a las Torres Gemelas

En julio de 2001 se publicó un libro escrito a dueto por Antonio Negri y Michael Hardt. El primero es muy conocido en la izquierda. El libro se titula *Imperio* y sugiere que en este momento ha concluido el imperialismo en tanto *proceso* de lucha para ocupar territorios y mercados geopolíticamente importantes y que se ha logrado finalmente un *resultado*: la construcción de un imperio. Esto es, no se habla de una tendencia, de una característica o de una fase imperialista del capitalismo sino de un resultado definitivo: el imperio.

El imperialismo pertenece —según este libro— a la modernidad, el imperio a la posmodernidad. El punto nodal que observan Negri y su coautor es la conexión entre el Estado nacional y el derecho internacional en relación con los mercados y la configuración de la realidad. Las contradicciones que identifican y la disminución o cambio cualitativo de lo que sería la soberanía de los estados nacionales es lo que lleva a Negri a decir lo que hace un momento referí.

Sin embargo, no se crea que para estos autores el imperio es idéntico a la hegemonía mundial de EE.UU.. Este Estado es sólo un factor importante del imperio: el cual es la globalización en cuanto tal, una estructura de capitales transnacionales y de burguesías también transnacionales. Algunos sectores de las burguesías del tercer mundo forman parte del imperio, de la clase dominante del imperio, en cambio algunos otros sectores de la burguesía en el interior de EE.UU. no pertenecen a la oligarquía dominante. Según esto, no se trata de la hegemonía de EE.UU. como imperio a nivel mundial sino de la globalización, dentro de la cual la hegemonía norteamericana tiene un peso significativo.

Además, añaden, hay una *desterritorialización* de los sucesos y de la proyección del poder. En efecto, otra característica diferente de la época imperialista respecto de la actual era del imperio consiste en que, en esa modernidad imperialista,¹¹ lo decisivo era la producción industrial; mientras que, ahora, en el momento del imperio, lo determinante ya no es la producción industrial sino la producción de la vida social, la producción de la relación capitalismo como un todo —podríamos decir para precisar la idea de Negri— en la que participa la industria pero también

¹¹ Para una crítica pormenorizada a la manera en que Hardt y Negri conciben a las teorías del imperialismo desde Hilferding, Luxemburgo y Lenin véase Veraza, 2001.

la informática, los arreglos diplomáticos, financieros, culturales e ideológicos que envuelven al planeta. Estamos sumergidos en esa globalización y, así, estamos reproduciendo constantemente capitalismo de manera total. Hay una producción política, social, cultural, económica, etcétera (“producción biosocial” la llaman los autores de *Imperio*, siguiendo a Michael Foucault.)

Por ende, se pone a la orden del día un tipo nuevo de lucha social, la construcción de un contraimperio, una contraglobalización. Vemos alguna coincidencia de este libro con Naomi Klein —en su *No logo*— y con los movimientos sociales contestatarios que, prácticamente, han surgido desde 1995 hasta la fecha.

Como se ve, Negri y Hardt reconocen la importancia para el siglo xx de la constitución de un *Imperio* hegemónico, al que visualizan como una extensión y profundización —como un desarrollo— de la enajenación; pero, sorprendentemente no lo identifican con EE.UU.

Ahora bien, su libro evidencia dos cosas; la primera, el hecho de que las teorías acerca del capitalismo han sido insuficientes para entenderlo, que la tarea de comprenderlo es actual, es una necesidad teórica sentida por toda la izquierda y, así, es que esta obra crítica a las teorías del imperialismo y propone una visión actual del *imperio*. Sin embargo, el punto de partida de Negri y Hardt es erróneo. A mi modo de ver, esta percepción de la relación económico-política entre el Estado-nación y el derecho internacional —al mismo tiempo económica, política y jurídica— observa un aspecto demasiado mediado de las relaciones de la sociedad como para lograr atinar. Y cuando uno comienza de este modo, atinar ocurre por casualidad. Pues, de nueva cuenta —como en la mayor parte de las teorías sobre el imperialismo—,¹² el proceso de trabajo no es el punto de partida, es decir, el proceso según el cual se produce la sociedad. Hagámosle como le hagamos, démosle vuelta como le queramos dar, la sociedad no existe simplemente sino que se autogenera, se autoproduce; entonces, para analizarla, hay que observarla desde ese borbollón: su proceso de producción. Esta es y sigue siendo —como se manifiesta en el libro de Negri— la falla fundamental de las teorías sobre el imperialismo en sus variadas versiones. No se ha puesto la atención en donde se debe y en cambio para caracterizar al *novísimo* capitalismo en cada ocasión traen a cuento

¹² Para una discusión sistemática de las teorías del imperialismo comparándolas con *El Capital* de Marx (Veraza, 1987 y 2002a).

observaciones del nivel distributivo; pero ya no hay libre competencia, sino monopolio, ya no domina el capital industrial, pues ahora lo hace el capital financiero y así sucesivamente. En otras ocasiones se pasa del nivel económico al político y cultural, pero ya no hay capitalismo simple y llanamente sino “capitalismo monopolista de Estado”. La mira está dirigida hacia lo político, claro que en conexión con la economía, pero no se explica claramente cómo está establecida. O se dice que lo decisivo son las reglas de explotación y de consumo de los obreros, cómo se regula a la fuerza de trabajo (caso de Michelle Aglietta); o que lo determinante son distintas directrices culturales que están conduciendo la reproducción del sistema a partir de los medios de comunicación o a partir de cualquier otra instancia o de todas juntas al estilo de Negri y Hardt, con eso de “producción biosocial”.

En fin, la segunda cuestión que descubre este libro es que no se ha hecho un balance en forma de las teorías del imperialismo. No solamente que es impostergable establecer una teoría consistente acerca del capitalismo sino que, *para* hacerlo, el camino forzoso es echar cuentas: hacer el balance teórico de las visiones previas para observar sus errores y equívocos; y, de hecho, restablecer el campo epistemológico desestructurando ese completamente fetichizado y confusionista que ellas, ya nada más por su pluralidad, revelan.

El amo busca arrebatarse la certeza del poder productivo que tiene el esclavo —en la que la autoestima de éste se afianza— y trata de desmaterializarlo para que no reconozca sus necesidades ni el carácter del poder que lo oprime; y pretende, asimismo, desvincularlo de los demás esclavos, en particular de la experiencia histórica de los esclavos anteriores vuelta memoria tradicional; sí, busca hacerle creer que es único y, por supuesto, pretende que pierda la ubicación de dónde se encuentra localizado el poder del amo, por si quisiera o pudiera en algún momento tomarlo por asalto. Así que cuando el esclavo —en este caso Negri y Hardt—, al intentar liberarse y cuestionar al amo, muestra un desaforado afán originista so pretexto de ser antidogmático y habla de desterritorialización del poder, desvalora el papel de la producción material y sugiere que la sociedad en su conjunto se desmaterializa, en este momento, el esclavo muestra su anclaje psicosocial en el horizonte que el amo le fabrica hasta cuando intenta rebelarse y criticar el imperio del amo. Muestra que su psique ha sido privatizada.

Después de esta breve caracterización psicológica del discurso de nuestros autores, vale la pena retomar el tema del ataque terrorista a las Torres Gemelas y al Pentágono. Porque, nótese, el libro de Negri se publica en julio de 2001 en inglés, fue pronta su traducción al español, pero ya el 11 de septiembre ocurre una evidencia contraria a la tesis de la desterritorialización, conforme la cual Negri figura al *imperio*, que no al imperialismo; y, asentando que EE.UU. tiene las riendas de todo y que, entonces, sí es un imperio y no una expresión del imperialismo, pero Negri dice al contrario: “No se crea que el imperio es EE.UU., es la globalización” y añade que hay una *desterritorialización del ejercicio del poder y de la soberanía*, etcétera. La evidencia del 11 de septiembre del 2001 es que es decisivo en dónde, en qué territorio ocurre el ataque terrorista; pues no tiene el mismo peso que sea en la embajada de Teherán o en las Torres Gemelas en el corazón de Nueva York, “en las entrañas del monstruo”, esto es, de Estados Unidos. El territorio sigue siendo decisivo, no hay tal desterritorialización, ésta quedó contravenida; de hecho, es la idea más obsoleta que cualquier otra del siglo XIX, como lo demuestra la desafortunada ambición estadounidense por ampliar sus zonas de influencia en Medio Oriente, en América Latina, la Cuenca del Pacífico, Asia, etcétera.

Además, vale la pena hacer una anotación decisiva para tener claro y preciso el significado histórico de ese ataque terrorista: no confundir lo que sucedió a partir del ataque a las Torres Gemelas con lo que ocurrió después del 20 de septiembre, con la declaración formal de guerra al terrorismo internacional por parte de Bush. Son dos fenómenos conectados pero de sentido histórico *opuesto* y, evidentemente, planteados por sujetos históricos completamente contrarios (uno presenta un aspecto filosófico y el otro de manipulación psicosocial). Los medios de comunicación, especialmente la televisión, han insistido en que todos los daños posteriores a la economía mundial —pues a todo mundo le duele que haya crisis, porque a uno lo van a despedir del trabajo, porque en la bolsa están perdiendo, porque la empresa va a quebrar— se deben a los terroristas. Eso es lo que se promueve en televisión, también en los noticieros: es la *telenovela absoluta*.¹³

En realidad, Bush, intentando defenderse del ataque terrorista, golpea a la economía norteamericana y mundial más fuerte que dicho ataque. Rabioso, no supo defenderse por su gran soberbia, osificada en su gran

¹³ Sobre el concepto de telenovela absoluta para caracterizar el formato general de los mensajes de los medios de comunicación a partir de los noventa, véase la conclusión de Veraza, 2002b.

poderío militar, que está desplegando vengativo. Lo cual le creó popularidad en el interior del pueblo norteamericano; conforme crecía la paranoia acerca del ántrax y otros miedos por lo que puede pasar cuando se declara la guerra al terrorismo internacional. En efecto, ¿qué puede pasar cuando te lanzas contra un enemigo de tal manera disperso y sorpresivo? Los norteamericanos se van percatando del tipo de gobernantes irresponsables que tienen.

Regreso a la tesis principal distinguida entre el significado histórico del ataque con el significado histórico muy menor y opuesto de lo que desencadenó la respuesta de Bush. Ésta conlleva la extensión del fascismo a todo el mundo y promueve una profundización de la crisis económica no solamente en EE.UU. sino en todo el planeta. No abre por cierto una nueva época. Más bien, con ambición electorera y encubridora de las fallas de su administración, es una repetición mecánica de las que otros presidentes norteamericanos realizaron en las cinco y media décadas pasadas, desde que Estados Unidos se hiciera con las riendas de la hegemonía mundial al término de la Segunda Guerra Mundial. La respuesta es un resabio del pasado muy por debajo de la altura de los tiempos; así que, en breve, la historia mundial se lo cobrará.

Mientras que el ataque terrorista a las Torres Gemelas posee un significado histórico profundo, aunque no cuestiona de fondo al capitalismo ni al imperialismo, ni siquiera a la hegemonía mundial de EE.UU., sino sólo a la *forma* en que ésta ha sido desplegada durante poco más de cincuenta años, se abre ahora la *época de la remodelación de la hegemonía de EE.UU. en aras de adecuarla a su medida auténticamente mundial*; de suerte que el imperio propiamente dicho se consolide como nueva forma de socialización histórica de las fuerzas productivas del orbe, para las que resulta a todas luces estrecho el marco de relaciones mezquinamente privatizadas/privatizantes que el neoliberalismo instaurara entre 1982 y 2001. La causa del terrorismo no es ninguna ideología, por fundamentalista que sea, sino la miseria y la humillación en la que viven innumerables pueblos de la tierra. De ahora en adelante, la consolidación del capital social mundial requiere de formas de distribución de la riqueza que, para garantizar la apropiación privada de la misma, cada vez más extrema, lo logren a través de socializarla también al extremo, a la medida mundial en que se encuentra interconectada la humanidad.

De hecho, la globalización de los noventa y principios del 2001, en tanto estructura de dominio económico y político de las transnacionales mundiales, que Negri y Hardt han creído la sustancia actual del imperio —y por ahí creen desterritorializada la efectuación del poder, etcétera—,

no es sino la *forma primera en que se socializa históricamente entre múltiples capitales el monopolio de la hegemonía mundial de EE. UU.*, verdadera columna vertebral del imperio. Y es lo que el World Trade Center emplazado en las Torres Gemelas de Nueva York emblematicaba.

Es consistente con lo recién dicho el que la guerra del Golfo (1991) inaugurara la complicidad de las potencias imperialistas sometidas bajo la hegemonía estadounidense para sofocar la desobediencia de un país periférico como Irak. Análoga al contubernio que ha logrado Bush hijo para los bombardeos sobre Afganistán en 2001 y 2002. El ataque a las Torres Gemelas evidencia lo insuficiente de esta forma primera de socialización de la hegemonía de EE. UU., así que abre la época de su remodelación hacia una segunda forma en la que la avaricia transnacional se autorregula con la intención de garantizar no sólo su tajada de riqueza sino, sobre todo, la perpetuación del dominio mundial de EE. UU. respetando la soberanía territorial de los restantes estados del orbe y aun fomentándola, así sea como camino para mejor someterla.

Del mismo modo en que los capitales privados industriales han debido autorregular crecientemente la forma tecnológica de su despliegue para amortiguar el deterioro ecológico que, llevado al extremo, los vuelve insustentables, se ha abierto la era de lo que podríamos denominar *crisis ecológica de la geopolítica mundial*. Por lo que ésta debe autorregularse si quiere ser sustentable. Y, por supuesto, la declaración de guerra al terrorismo internacional pone en peligro a la población norteamericana, esa que vota por sus presidentes, de suerte que pone de manifiesto el carácter insustentable de la forma actual de hegemonía, así como la irresponsabilidad política e histórica de Bush hijo no sólo con la humanidad y con su pueblo sino con el capital social norteamericano, pues se ha empeñado en sacar adelante los intereses sólo de algunas empresas petroleras y armamentistas que lo pusieron en la silla presidencial.

La respuesta adecuada al ataque terrorista a las Torres Gemelas no es una reedición de la del *Big Stick* sino, más bien, una especie de *Alianza para el Progreso Mundial* con ingredientes keynesianos como la de Kennedy, pero reactualizada. Cuanto antes EE. UU. encuentre el camino para hacer efectiva esta respuesta verá menos quebrantada su hegemonía sobre el mundo y aún podrá profundizarla. En cambio, si Bush hijo persiste en su actitud, la pone formalmente en crisis y la erosionará¹⁴ hasta llevarla

¹⁴ El primer síntoma de ello: a inicios de 2003, Bush hijo pretende atacar Irak; pero, ahora, Alemania, Francia y la Federación Rusa se oponen a esta guerra, contrastando la actual pos-

a un punto en que caiga a pedazos. Y eso, paradójicamente, en un contexto en que ninguna potencia mundial podría contender realmente con el poder militar estadounidense ni competir de tú a tú con la economía más grande del mundo.

Así que se trata de una *crisis de hegemonía artificialmente orquestada* por una pandilla de irresponsables megalómanos ambiciosos y egolátras incrustados en la cumbre del imperio. Signo de decadencia como los de Calígula, Heliogábalo o Nerón, en el imperio romano.

Pero como los ataques terroristas en tierras norteamericanas no son *pan y circo* para el pueblo estadounidense, los días de la administración Bush hijo están contados y también, está cercano el momento en que ese pueblo y los del mundo presionen para que los políticos que los representan respondan a los intereses del conjunto de capitales —y no sólo de unas cuantas empresas petroleras y armamentistas— en consonancia con los de la democracia representativa. En el interior de esta lucha por la democracia burguesa, en tanto forma de consolidación de la hegemonía mundial de EE.UU. y de la acumulación de capital a nivel planetario, se desarrollará en el siglo XXI la lucha por el socialismo. Por ahora, sólo tenemos a la mano la puesta en cuestión de la forma de hegemonía y una respuesta irracional y tanática a ella, no sólo destructiva sino también autodestructiva. Ha iniciado el siglo XXI.

Bibliografía

Arrighi, Giovanni

1994 *The Long Twentieth Century. Money, power and the origins of our times*, Verso, Londres y Nueva York.

1999 *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Akal, Madrid.

Davis, Mike

1983 “El viaje mágico y misterioso de la reaganomanía”, en *Nexus*, núm. 88, pp. 15-29.

tura de estos países con el apoyo de Alemania y Francia a Bush padre en la guerra del Golfo Pérsico (1991) y al silencio forzado que la U.R.S.S. mantuvo entonces.

- Hobsbawm, Eric
 1994 *Ages of extremes. The short twentieth century 1914-1991*, Michael Joseph, Londres.
 1996 *La historia del siglo xx*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona.
- Johnson, Paul
 1983 *A history of the modern world*, Harper & Row, Nueva York.
 1993 *Tiempos modernos. La historia del siglo xx desde 1983 hasta la década de los 90*, Editorial Javier Vergara, Buenos Aires.
- Klein, Naomi
 2001 *No logo. El poder de las marcas*, Paidós, Buenos Aires.
- Marx, Karl
 1979 *El Capital*, t. 1, Siglo XXI, México.
- Marx, Karl y Friederich Engels
 1980 “Los Movimientos del 47”, en Karl Marx y Friederich Engels, *Materiales para la Historia de América Latina*, Siglo XXI, México [1848].
- Moscovici, Sergei
 1993 *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Negri, Antonio y Michael Hardt
 2000 *Empire*, The Harvard University Press, Cambridge, Mass.
 2002 *Imperio*, Eduardo Sadier, trad., The Harvard University Press, Cambridge.
- Valladò G. A, Alfredo
 1998 “Las acciones de ‘policía internacional’ tienden a sustituir la guerra clásica entre estados”, en *El Estado del Mundo*, Akal, Madrid, pp. 31-34.
- Veraza, Jorge
 1987 *Para la crítica a las teorías del imperialismo*, Itaca, México.
 1993a *Génesis y estructura del concepto de subordinación real del consumo bajo el capital*, Itaca, México.
 1993b *Proletarización de la Humanidad*, Itaca, México.
 1998a *1847-1997. Los Escritos de Marx y Engels sobre México*, tesis de doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
 1998b *Leer nuestro tiempo. Leer el Manifiesto*, Itaca, México.
 1999 *Revolución mundial y medida geopolítica de capital*, Itaca, México.
 2000 *El perfil del traidor. Santa Anna en la historiografía y en el sentido común*, Itaca, México.

2002a “Crítica a las teorías del imperialismo y de la globalización”, ciclo de conferencias dictadas en México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

2002b *Para la historia emocional del siglo XX*, Itaca, México.

s/f *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Guía para comprender la historia del siglo XX, muy útil para el XXI* (en prensa).

Wallerstein, Immanuel

1999 *Después del liberalismo*, Siglo XXI, México.